



Fondo
Editorial
UCSS



UCSS
Universidad Católica
Sedes Sapientiae

Suplementos Académicos del Fondo Editorial UCSS
ISSN 2518-4962

EXIGENCIAS Y MÉRITOS DEL TRADUCTOR

Año 2, número 3, junio, 2016

P. Lic. Donato Jiménez Sanz, O. A. R.

Suplementos Académicos del Fondo Editorial UCSS
Año 2, número 3, junio, 2016

© 2016, Fondo Editorial UCSS

© Donato Jiménez Sanz

ISSN 2518-4962

Diseño y diagramación: Imagen Institucional

UNIVERSIDAD CATÓLICA SEDES SAPIENTIAE

Esq. Constelaciones y Sol de Oro s.n. Urb. Sol de Oro. Los Olivos, Lima, Perú

Teléfonos: 51-1 533-5744 / 533-6234 / 533-0008 anexo: 241

Correo electrónico: feditorial@ucss.edu.pe

Enlace: www.ucss.edu.pe/fondo-editorial/suplementos-academicos.html

Fan Page: <https://www.facebook.com/fondoeditorialucss/>

EXIGENCIAS Y MÉRITOS DEL TRADUCTOR

Suplementos académicos del Fondo Editorial UCSS Año 2, N.3, 2016

Por P. Lic. Donato Jiménez Sanz O.A.R. *

1 No me atrevía yo a empezar esta nota con una frase que salta a la mente de no pocos lectores y que muchos, en ocasiones, sin duda hemos pronunciado. Sí, da reparo empezar con un enunciado negativo. Me animo a ello porque es nada menos que Dámaso Alonso quien me la da servida; la leemos en el prólogo a la obra de un gran especialista en la teoría y en la práctica de la traducción. Dice el gran académico Alonso: “Muchos traductores realizan la labor a toda prisa y sin preocupación alguna” (Alonso en García Yebra, 1982).

No debe extrañarnos, por otra parte, tal afirmación, ni parece exagerada, si de los casi 50,000 libros que se editan cada año, por ejemplo en España, más de 13,000 son versiones. Nosotros somos abiertos defensores de muchas, muchas menos traducciones y muchas menos ediciones, con tal de que fuesen muchísimo, muchísimo mejores las ediciones y las traducciones. También sabemos que dado el motor economicista o pecuniario que, por desgracia, mueve los resortes de este mundo, ese nuestro deseo pertenece a las inaccesibles regiones de la utopía.

Recogemos aquí, como profesada actitud, la clásica sentencia de los Siete Sabios: *Speude bradéos*, y que Suetonio atribuye a Augusto con su *Festina lente*. El mismo pensamiento también se formuló así: *Sat cito, si sat bene* (‘se hizo pronto, si se hizo bien’). Y siglos ha, el P. Gracián dio valor de universalidad a su máxima: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno” (2007, p.112). Claro, que ha habido luego quien agudamente redondeó así: “Lo bue, si bre, dos veces bue”. Y nuestro Machado, el de todos, nos lo quiso cantar así:

Despacito y buena letra,
que el hacer las cosas bien
importa más que el hacerlas.

Y el refrán castellano enseña la paciencia y el esfuerzo reposado-repensado, para la obra bien hecha: Nunca es tarde si la dicha es buena. Es, pues, indispensable traducir bien. Indispensable, digo, o lo que es lo mismo: no le debemos dispensar a un mal traductor su obra, sino aislarlo, al menos, con el bloqueo de la compra. Y Unamuno decía cosas muy fuertes contra esos malandrines del idioma. Asimismo, Ortega no se quedaba corto.

García Yebra, gran teórico y maestro de la traducción, distingue entre “comprensión” y “expresión”. Ambas, naturalmente, deben darse. Pudiera discutirse si la expresión debe acercarse más al autor del texto original o acercarse más al lenguaje del lector. García Yebra dirá que la traducción real deberá jugar con el mayor o menor predominio de uno de los dos polos.

***Donato Jiménez Sanz O.A.R.** es licenciado en Filosofía Pura por la Universidad de San Buenaventura (Colombia), licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad San Juan Bautista de la Salle (Colombia) y licenciado en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca (España). Desde hace 30 años, es profesor de Filosofía, Teología y Lenguas Clásicas en la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. En el VIII Congreso Eucarístico Nacional, con motivo del Año Santo 2000, compuso la letra del himno titulado “Pan de vida, pan de fe”. En el 2015, participó en la conferencia “A los 750 años del nacimiento de Dante Alighieri: Homenaje a Julio Picasso, traductor e investigador del poeta florentino”. Este evento se llevó a cabo en la 20.^a Feria Internacional del Libro de Lima.

Una descripción autorizada de la traducción viene a decir esto: “Consiste en reproducir en la lengua receptora el mensaje de la lengua original o fuente, de la manera más próxima y más natural en cuanto al sentido y en cuanto al estilo” (Nida, 1964, p.4). El desiderátum es, pues, trasladar no solo el sentido, sino, a poder ser, las equivalencias semánticas y estilísticas. Aunque sean discutibles algunas de estas equivalencias.

Traducir es necesario. Ahí está la *Septuaginta*, la venerable versión de los Setenta, de la Biblia hebrea al griego. Y la no menos venerada Biblia Vulgata de S. Jerónimo, traducción de los textos hebreos y griegos al latín. Y tantísimas otras.

Algunos estudiosos hablan de que la rigurosa traducción es imposible. Con todo el respeto a los grandes creadores y a los filólogos peritos, nos parecen extrapolar el concepto mismo de traducción. Tampoco se puede trasladar la mayestática y severa expresión del Moisés de Miguel Ángel a ninguna fotografía. Pero es gracias a las buenas fotografías cómo los siglos y las gentes pueden conocer la verdad del genial artista, plasmada en la inmortal escultura.

Traducir, pues, sí. Pero a sabiendas de que traducir es una ciencia y un arte. Y no fáciles. La ciencia se debe aprender en sus condiciones, leyes y contenidos. Y el arte sí, se puede elaborar, pero requiere unas cualidades de inspiración y sensibilidad que me atrevo a decir, innatas. Por ello se decía, en tiempos idos, que el poeta nace y el orador se hace. Hemos conocido traducciones en las que se desata el atrevimiento o la imitación ramplona. Tiene mucha verdad la frase de D. Alonso: “Muchos traductores realizan la labor sin preocupación alguna” (Alonso en García Yebra, 1982).

Traducir es saber diferenciar entre significante y significado, y, por supuesto, en las dos lenguas. Caer en la cuenta de que la polisemia de los términos requiere una selección cuidadosa. Y no menos cabe decir de la sinonimia por la que están imbricados muchos campos semánticos que hay que conocer con toda precisión. Una palabra será sinónima de otras, pero no por ello es necesariamente idéntica, ni su uso es indiferente.

Llevar a cabo esa doble tarea que, por un lado, ha de ser semasiológica, es decir, versada en lo referente al significado y a su sentido que debe descubrirse en el autor original. Por otro lado, será onomasiológica, esto es, que amaestrado por el autor, el traductor debe encontrar las palabras y expresiones que mejor respondan al sentido y estética de la lengua terminal en la que el traductor sumerge al lector. Debe saber distinguir entre lengua y habla, por emplear la terminología de Saussure. Hasta, si es posible, hacer olvidar al lector que se halla ante un resultado extraño a su propia lengua. “Hablando con propiedad [lo decimos con palabras del gran experto Valentín García Yebra] no se traduce de lengua a lengua, sino de habla a habla, es decir, de un texto a otro texto” (1982, p. 36).

Evidentemente, el traductor se diferencia del lector no solo porque aquel debe alcanzar la comprensión en la lengua original, sino porque debe transportar ese sentido hasta la mente y las fibras estéticas del lector. Tener en cuenta, además, no solo el contenido semántico, el significado, sino también el significante, con su valor acentual, su color fónico, sonoridad, disposición y combinación. Hacer de puente, estar en medio del autor y del lector para trasvasarle, sin tropiezos para el lector, la pureza de pensamiento y la belleza de sentimiento del autor. Traducir no es solo entender el habla de la gente. Es tarea cultural de penetración costosa y no fácil.

El traductor es un lector cabal que además tiene, en cierta manera, que recrear en la lengua literaria propia, la obra del autor. Y sortear el llamado “dilema tradicional de la traducción”: O se es fiel al original y desaliñado en la lengua receptora, o tiene buen estilo en la lengua receptora a costa de ser infiel con el original. No.

Debe ser posible una traducción que trasmita el mensaje y belleza de estilo en la lengua terminal. Y que esta, por sí misma, se pudiera medir como traducción o re-creación, con la belleza del estilo de la original como creación. Decía Ortega que hay propiamente traducción, solo cuando arrancamos al lector de sus hábitos lingüísticos y lo metemos en los del autor. No, no habrá que ir tan lejos.

García Yebra ha dado tres reglas para describir, a su juicio, al traductor excelente: (a) Decir todo lo que dice el original; (b) no decir nada que el original no diga; (c) y decirlo todo con la corrección y naturalidad que permita la lengua a la que se traduce. Claramente, admitimos esas reglas de oro de este gran traductor. A su vez, nos permitiríamos poder explicitarla en su tercera parte: no solo corrección y naturalidad en la exposición, sino también elegancia, la cual tiene como enemiga la extravagancia. Pero de ninguna manera se riñe con la precisión, la autenticidad, la belleza y —suene el original por esta sola vez—, hasta lo sensorial de la *pros-odia* (la prosodia). El traductor puede echar mano de metaplasmos o figuras tanto de dicción como de pensamiento, que sin traicionar al autor, le correspondan debidamente al espíritu o al genio de la creación original.

El Maestro Fr. Luis de León, más de cuatro siglos hace, lo había enseñado así: “No añadir ni quitar sentencia, guardar cuanto es posible las figuras de su original y su donaire, y hacer que hablen en castellano como naturales” (*Obras propias y traducciones latinas, griegas y italianas. Con la paráfrasis de algunos Salmos y capítulos de Job, Dedicatoria a Pedro Portocarrero*, 1631). Por ello, el traductor —hablamos del buen traductor, naturalmente— tendrá esa dificultad añadida. No solo transmitir el sentido del autor. Ha de llevar a cabo su propia obra literaria, sin que el lector se detenga en la literatura del traductor, y pase directamente a apreciar y gozar la vis creativa del autor. Solo el acto reflejo o el análisis consiguiente dirán méritos y bondades del traductor.

2 Fr. Luis, indiscutido maestro en la versión de los más difíciles textos, nos confiesa su exigente esmero y, —válganos hoy la expresión—, su geórgica labor en la empresa traductora. Confesión que bien valiera como ficha de examen para, al menos, algunas “escuelas” de traductores de hoy:

Lo que hago [nos dice el catedrático de Salamanca] son dos cosas: La una es volver en nuestra lengua palabra por palabra; en la segunda declaro con brevedad no cada palabra por sí, sino los pasos donde se ofrece alguna oscuridad en la letra, a fin de que quede claro su sentido así en la corteza y sobre haz.

Acerca de lo primero procuré conformarme cuanto pude con el original hebreo, cotejando justamente todas las traducciones griegas y latinas, que son muchas, y pretendí que correspondiese esta interpretación con el original, no solo en las sentencias y palabras, sino aun en el concierto y aire de ellas, imitando sus figuras y maneras de hablar cuanto es posible a nuestra lengua, que, a decir verdad, responde con la hebrea en muchas cosas. (*Traducción literal y declaración del libro de los Cantares de Salomón*, 1561)

Nuestro agustino es consciente de la limitación impuesta y de la responsabilidad del traductor, que se diferencia del profesor que explica. Y sale al paso de quienes quizá con exigencia superficial pidan cuentas al traductor por no haber dicho más a su gusto, esto así y aquello así:

Podrá ser que algunos [prosigue Fr. Luis] no se contenten y les parezca que la razón queda corta y dicha muy a la vizcaína, y que no hace corra el hilo del decir, pudiéndolo hacer más fácilmente con mudar algunas palabras y añadir otras, lo cual yo no hice porque entiendo ser diferente el oficio del que traslada, mayormente Escrituras de tanto peso, del que las explica y declara. (*Cantar de los Cantares de Salomón*)

Y realiza su trabajo no solo con total honradez, sino con escrupulosidad extrema. Además, deja abierto el campo a la sugerencia que cierta polisemia le permite:

El que traslada ha de ser fiel y cabal y, si fuere posible, contar las palabras para dar otras tantas, y no más ni menos, de la misma cualidad y condición y variedad de significaciones que las originales tienen, sin limitarlas a su propio sentido y parecer, para que los que leyeren la traducción puedan entender toda la variedad de sentidos a que da ocasión el original, si se leyese, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere. (*Cantar de los Cantares de Salomón*)

Al respecto, Machado lo resumía bellamente en aquella célebre tercerilla:

Da doble luz a tu verso,
para leído de frente
y al sesgo.

Y el catedrático agustino no se guarda un comprensible desahogo:

De lo que he traducido, el que quisiere ser juez, pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes, de una lengua extraña a la suya, sin añadir ni quitar sentencia y guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire, y hacer que hablen en castellano y no como extranjerías y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. Lo cual no digo que he hecho yo, ni soy tan arrogante, mas helo pretendido hacer y ansí lo confieso.

Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime más mi trabajo; al cual yo me incliné solo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar. (*Obras propias y traducciones latinas, griegas y italianas. Con la paráfrasis de algunos Salmos y capítulos de Job, Dedicatoria a Pedro Portocarrero, 1631*)

Igualmente, no dejó de recalcar su posición en otras ocasiones. Un ejemplo viene a ser su Exposición de Job. Se sabe que en este texto también dirá que hace lo mismo.

Por aquellos años, Ambrosio de Morales, colega de Fr. Luis en el claustro salmantino, luego jerónimo, humanista y catedrático de Alcalá, casi repetía los sentimientos de nuestro fraile. Lo vemos en su *Discurso de la lengua castellana* (1585):

Proceder [dice Morales] como hizo Cicerón en su lengua, empleando con selección los vocablos comunes y juntándolos con gracia en el orden y en la composición, en la variedad de las figuras, en el buen aire de las cláusulas, en la conveniente juntura de sus partes, en la melodía y dulzura con que suenan las palabras.

Referencias

García Yebra, V. (1982). *Teoría y práctica de la traducción* (Vol. I). Madrid, España: Gredos.

Gracián, B. (2007). *El arte de la prudencia*. Santo Domingo, República Dominicana: BanReservas.

Nida, E. (1964). *Toward a Science of Translation with Special Reference to Principles and Procedures involved in Bible Translation*. Londres, Inglaterra: Leiden.